

La pintura de Rafael Muro

A propósito de su exposición, 'El silencio de la mirada', en el Centro de Educación de Adultos de Santander.

En una zona, hasta hace muy poco tiempo ignorada, del Santander alto, se encuentra la calle dedicada a uno de los más grandes pintores que ha dado esta ciudad, Enrique Gran, y en ella está situado, en el edificio que albergaban las denominadas Escuelas Verdes, el Centro de Educación de Adultos. En este lugar, fruto de la inquieta labor del activo Luis Alberto Salcines, hay un espacio expositivo que acoge estos días la obra de Rafael Muro, un pintor casi desconocido en los círculos oficiales, no reconocido en las esferas alternativas, e ignorado en los templos de la mezquindad artística. Se trata de un artista que camina de manera autónoma y libre, con pocos compañeros de viaje, pero que independientemente de esa posición de estar aparentemente al margen, mantiene una conexión plena y lúcida con el arte de nuestro tiempo. Rafael Muro, veterano y joven a la vez, a lo largo de los años -bastantes- siempre ha conservado en sus planteamiento pictóricos una línea coherente desde el inicio de su trayectoria. Al igual que otros grandes pintores, sus orígenes hay que buscarlos en el universo del surrealismo, estilo que practicó durante una etapa inicial de su carrera, para, posteriormente, y como tantos otros, zambullirse sin prejuicios en el territorio de la abstracción. Durante todos los años en que podemos calificarlo como pintor abstracto ha mantenido una evolución constante en su obra, conduciendo su creación hacia la búsqueda de nuevas formas, pero eso sí, en cada exposición ha permanecido fiel a sus colores. Puede afirmarse que la concisión de su paleta le ha servido como método de trabajo y le ha ofrecido un amplio ejercicio de posibilidades, trabajando generalmente con los primarios, a los que añade algún otro color como el ocre y el blanco, con lo que ha logrado unos fascinantes resultados en los que el misterio, como elemento definitorio, aflora en cada cuadro. Unas obras en donde trazos y manchas nos revuelven e inquietan, produciéndonos un placer estético desasosegante, al tiempo que nos muestra la elegancia de la sugerencia frente a la zafiedad de lo obvio.

Mundo pictórico

La frontera entre lo real y lo irreal, el límite entre la luz, la luminosidad de las formas y la oscuridad de los fondos, son temas recurrentes en los trabajos de este pintor. Espacios habitados en los que cobran vida propia las abstractas imágenes al plasmarse sobre la tela. Rafael Muro se define como un voyeur de la pintura, un mirón obsesionado con desnudarla y, en ese sentido, lanza su mirada desde el silencio -desde la oscuridad- hacia imágenes grabadas en su retina, detenidas en el tiempo, congeladas en el espacio; formas y colores procedentes de mundos microscópicos, presentes habitualmente en la naturaleza, que le sirven para crear sus imágenes.

Son, según confiesa el propio artista, imágenes somnolientas de una noche, de una hora cualquiera, de un accidente, gotas que caen y se precipitan violentamente contra la tela, colores que desplazan unos a otros, son metáforas de la vida, de la propia pintura. Si bien toda la exposición de R. Muro, caracterizada por la coherencia, constituye un conjunto equilibrado y armónico, hay varias obras destacables. Así, es significativo el díptico 'Mundos', pero sobre todo merece atención especial un extraordinario cuadro que el autor

no ha querido titular, quizás para no distraer la atención de la mirada, acaso para invitar al espectador a construir su propio discurso. En esta deslumbrante pintura, convertida en un festín para los sentidos, contemplamos como sobre un bellissimo fondo azul oscuro, emerge una impresionante mancha informe contaminada por ocre y blancos, que se complementa con una sutil línea blanca discontinua. Aquí la composición ya no es central, como en la mayoría de las obras, sino que se ha desplazado, en un tránsito más, un paso hacia adelante, en la búsqueda de la pintura. Toda la obra de Muro es un proyecto de manipulación, una deformación de las imágenes que previamente ha observado, desarrollando un proceso de trabajo que, como aplicado observador de los maestros precedentes, recuerda al que realizan pintores como Darío Urzay, si bien a través de técnicas distintas; Broto, tanto por el tratamiento de la espacialidad como por las transparencias aplicadas a la obra, y a Pollock por la forma de practicar la pintura. La muestra de Muro es, en definitiva, una manifestación que intenta reflexionar sobre determinados aspectos pictóricos, en la que formas orgánicas sirven como referencia, como pretexto, para otras que quiere crear.

Francisco Valcarce

El Diario Montañés 08.02.2010